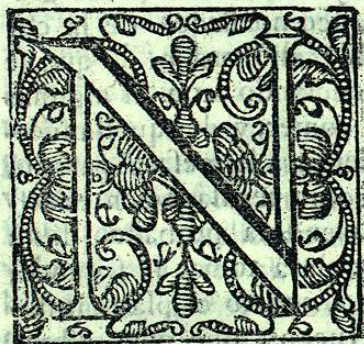


donde havia aprendido aquel Latin? respondió: *En el Libro del Missal lo he oido.*

CAPITULO XIV.

De su extremada Pobreza.



NO consiste el ser pobre en no tener quando se puede; sino en no dexarse aprisionar el corazon de lo que se tiene. En medio de las riquezas, que en fuerza de su trabajo personal llegó à congregiar Aparicio en el siglo, siempre fuè pobre; y la prueba mas evidente de esta verdad es el uso, que haela (y de que hemos dado suficiente noticia, assi en este, como en el Libro antecedente) de sus mismas riquezas. No sería de lo mas difícil el cálculo de lo que de ellas utilizò en todo el tiempo de su manejo: con acordarnos precissamente de su mesa, de su lecho, y de su vestido, tendríamos lo suficiente para formar el cómputo. A unas quantas tortillas de maiz, un ordinario paño, y un petate, ò estera se reducian las utilidades, que de sus facultades disfrutaba Aparicio el Rico; porque solo aspirò à serlo para los pobres. De ellos era el caudal, que le adquiriò (entre quantos tenían noticia de él) aquel renombre, deducidas las expensas de lo que dexamos dicho gastaba para sí.

y en su persona. De fuerte, que distinguiendose de aquellos solo en que no pedia, les excedia en la pobreza de su espíritu, pues le causaba inquietud aun el tener que dar, temeroso siempre del riesgo à que fuele exponer en el mundo, no solo el esplendor de las riquezas, sino aun sus humos.

Libertòse finalmente de sus peligros, y con la generosidad, que dexamos dicha en el Capítulo X. del Libro I. abrazando con tal ansia la pobreza en la Religion, que desde luego se hizo uno de los exemplares mas distinguidos de ella. Proveiale el Prelado de aquel pobre Hábito de que vestia el comun de los Religiosos; y como si tambien gastara sus melindres la austeridad, no contento con él, no descansaba hasta haverlo trocado por el mas roto, y viejo, que en otro vela.

Presentòse con uno nuevo (sin duda porque no se le havia proporcionado ocasion de efectuar aquel su comercio) ante el R. P. Fr. Juan de Santa Anna, quien como acostumbrado à verle andar siempre roto, le dixo manifestando su estrañez: *¡Buen Hábito trae Aparicio!* A que repuso el Venerable: *Y como que es bueno, que me lo diò un Santo;* y preguntandole aquel ¿quien fuesse el Santo, que se lo havia dado? respondió: *Esse Guardian de Tlaxcala Fr. Diego de Mercado, que es gran Santo; y sabed, que los Angeles le vienen à dar música.* Dando con esto lugar à su veneracion, sin que se presumiesse menoscabo en la rigidez de la práctica de su pobreza. Las mas veces andaba sin Manto, ni Sombrero; porque lo comun era dar uno y otro à los pobres, que encontraba por las calles, y los caminos, sin reparar aun en la misma Cuerda, con que

iba ceñido, si acaso se la pedía la necesidad, ò se la arrebataba la devocion.

El caminar frecuentemente con los pies descalzos era, no solo por consultar à su mayor mortificacion; sino tambien por escusar al Convento el gasto, que pudiera tener en su pobre calzado; y si acaso llegaba à lo sumo su necesidad, lo que hacia era ir à la Sacristia, y de los deshechos de los que usaban los Sacerdotes para salir à decir Misa, tomaba un par, que solia ser de uno blanco, y otro negro. Y preguntandole en una ocasion un Religioso, que lo vió calzado de aquel modo, ¿que porqué no procuraba emmendar aquella ridiculez? le respondió: *Hermano, unos calzan como quieren, y yo como puedo.*

Jamàs tuvo Celda deputada para su habitacion, recogiendo à quebrantar el sueño assi vestido como estaba, en el primer rincon, que hallaba desocupado en el Convento. Despues que entrò à exercer el oficio de Limosnero, siempre durmiò en el suelo debaxo de una de sus Carretas, assi quando andaba por el campo, como en el Corral donde las acomodaba quando volvia al mismo Convento con la limosna.

Ni la mas peligrosa enfermedad bastò para que admitiese el alivio de un colchon, sábanas, ni camisa; confirmando aun en aquel estado la verdad de la respuesta, que diò al que le preguntò en cierta ocasion, ¿porqué usaba del rigor de dormir en el suelo? *Para mí, dixo, basta el Manto, y la tierra, que ocupa el cuerpo.* Dexandose penetrar tanto mas de este dictamen, quanto mas se acercaba à los últimos instantes de su vida.

CAPI-

CAPITULO XV.

De su heroica Resignacion, y Obediencia.



OMO aquel primer passo, que diò la resignacion de Aparicio en la Religion (de que dimos noticia en el Capitulo XIII. del Libro I.) lo convirtió despues en vuelo, con que supo elevarse su obediencia hasta la mayor sublimidad del heroísmo, de que hallará

el Lector superabundantes pruebas en todo el demás resto de dicho Libro, me pareció preciso, para formar el texido del presente Capitulo, exponer solamente las que probaron en cada una de sus execuciones un milagro.

Llegò una vez el Santo Viejo al Convento de la Puebla con sus Carretas cargadas de madera del monte de Tlaxcala, haviendosele quebrado à la una de ellas el exe, y la clavija en el camino; y lo mismo fue acabar de descargarlas, que recibir nuevo orden del Guardian de passar à Tepeaca, Lugar seis leguas distante de la dicha Ciudad, à conducir la limosna de veinte y cinco fanegas de maiz. Manifestòle Aparicio la prontitud de su ánimo en obedecer; pero al mismo tiempo la impossibilidad de poder hacer el viage por el motivo referido. Mas insistiéndole el Guardian en su precepto, añadió, que fin
mas

mas réplica, ni representacion se pusiera en camino. No hizo otra cosa la humildad, y resignacion del Venerable, que decir: *Alto con la bendicion de Dios;* y recibiendo la del Prelado, se partiò con las mismas Carretas por entre las peligrosas, y profundas barrancas en las seis leguas, que distan uno de otro Lugar, y en que aun las mas bien dispuestas suelen perecer; satisfaciendo su obediencia al precepto intimado en el espacio precisso de tres dias, que gastò en ir, y volver con una y otra cargadas de la limosna del dicho maíz. Diego Barreda, que aun antes que emprendiesse Aparicio el viage de Tepeaca havia admirado anduviesse la Carreta algunas leguas con el exe quebrado, sobrecogido de nuevo del assombro à vista de lo circunstanciado del suceso, no hacia otra cosa, que exclamar delante del Venerable, ique como podia ser aquello possible! à que respondió este con su acostumbrada sinceridad: *¿Qué hemos de decir, sino que mi Padre S. Francisco. và teniendo la rueda para que no se salga?*

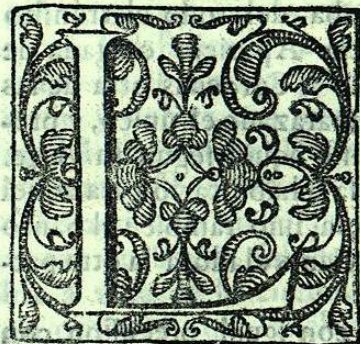
Hallabase precissada su obediencia en otra ocasion à llevar la limosna al Convento de la Puebla en una mal abiada Carreta, y con dos solos Bueyes; y habiendo llegado à la barranca de Tulzinco, una legua distante de la misma Ciudad, se encontró en ella con Thomàs Sanchez, vecino, y Theniente de Governador de la Ciudad de Tlaxcala, quien le hizo presente la imposibilidad de atravesar aun à Caballo dicha barranca, por los riesgos que ofrecia, assi en su baxada, como en la subida. El Venerable, que conocia mui bien la verdad de lo que el referido Sanchez le decia, le respondió: *Cuya es la limosna sacar à la Carreta.* Y en efecto, prosiguiendo aquel

à baxar poco à poco, y à pie, dentro de breve rato se volvió à ver aquella, y la dividió ya de la otra parte en lo alto de la barranca, sin que huviesse padecido el menor detrimento.

Lo mismo presenciò Alonso de Cárdenas en la de Quantzatzaloyan, que à mas de ser difícilima de passar, se le impossibilitaba del todo el tránsito à una Carreta, que conducia Aparicio cargada de leña, por haversele quebrado à Cárdenas otra de las fuyas, con la que tenia embarazado el único, y precisso camino, para que pudiesse aquel seguir su viage. Mas quando él se daba prissa à habilitarlo para aquel efecto, viò no solo la Carreta; sino tambien al Santo Hombre à Caballo, que havian volado à la otra parte de la dicha barranca.

Caminaba otro dia con igual precission con su Carreta cargada de semillas al mismo Convento; y debiendo passar un arroyo, à quien las muchas lluvias, que havian caido havian hecho de lo mas abundante, è impetuoso su corriente, al estar ya en su puente, cejando à un lado los Bueyes dieron con la Carreta dentro del agua. Aparicio, que conociò el peligro, encomendando el éxito al Apostol Santiago, fuè siguiendo la Carreta como si caminara por tierra llana, por donde la llevaba la rapidez del dicho arroyo; hasta que habiendo encontrado vado à propósito para encaminar los Bueyes, la sacaron à tierra sin leccion, no solo de ellos, ni de la Carreta; mas ni de las semillas, que conducian. Bastan entre otros muchos los prodigios expuestos de la obediencia de Aparicio, para formar idèa de lo heroico de su práctica.

CAPITULO XVI.

De su virginal Pureza.

A mencion especial, que dexamos hecha en los Capítulos II, III, y VIII. del primer Libro, y VI. de este segundo de las pruebas asombrosas, que dió de esta virtud en el espacio de setenta y dos años, que vivió en el siglo, capaces de acreditarlo de un Angel humanado, y que confirmó despues con cada una de las austerísimas prácticas de su vida religiosa; parece nos debería retraher la pluma del asunto del presente Capitulo, sobrando materia en los ya citados para el comun asombro; pero creimos no llevarian à mal los Lectores continuásemos la noticia de los esmeros, con que se manejó en orden à la pureza aun en los últimos años de su vida, por lo que puede contribuir, assi à su admiracion, como à su exemplo.

Hablando en una ocasion con el R. P. Fr. Juan de Santa Anna de las dos Esposas, que havia tenido, le dixo: *Que por la bondad de Dios no se havia acercado à ellas, à que añadió, indicando su confianza en la misma Bondad: que aunque durmiese entre cien doncellas, por ningun modo violaria su castidad.* Mas en medio de la asistencia de la

la gracia, que le ministraba tan heroica confianza, era de lo mas estable su vigilancia en huir aun los peligros mas remotos de ofender el candor de su amada pureza. Aun el nombre precíffamente de mugeres le espantaba, y assi ponía el mayor cuidado en no mirarlas, ni conversar con ellas. En ninguna Casa entraba con mayor repugnancia, que en aquella, en que las havia. En qualquier lugar que se hallasse tenia siempre cuidado de huir su inmediacion, y compañía; tanto, que si estando orando en la Iglesia se le acercaba alguna, se separaba al punto de aquel lugar, encaminandose à otro con la prissa, que le era mas possible, de rodillas.

Con el motivo de recoger la limosna, que le franqueaba la piedad de Bartholomé Arriola, frequentaba su Casa; y sin embargo de haverle cogido en ella à veces la noche, jamás fué dable conseguir el que subiesse, quedandose en el Patio por huir la compañía de las mugeres. Con el mismo motivo llegó una vez à Casa de Pedro Anzures, atormentado de un gravíssimo dolor. Una charitativa Señora, que le vió sentado à la puerta y que advirtió las mortales ansias, que padecía, le suplicó, que entrasse, y se dexasse aplicar unos paños calientes, ofreciendose à executar por sí misma esta piadosa accion. Pero ni la vehemencia del mal, ni la inminencia del peligro de su vida fueron bastantes à dexarse tocar, en obsequio de su pureza, de la mano de una muger: satisfaciendo la piedad de aquella, y ocurriendo à la propria necesidad con retirarse à un rincon à aplicarse por sí mismo aquel remedio.

Los esmeros, con que se manejaba en orden à la guarda de esta virtud, le hacian de lo mas zeloso

loso por su observancia en los demás. En prueba de lo qual referirèmos ahora un suceso acaecido en el tiempo, en que vestido del Hábito de Donado servia à las Religiosas de Santa Clara. Noticioso de la inhonesta pretension, con que inquietaba à una Doncella su vecina cierto Joven, acercandose à este, le dixo: *Hermano, por charidad te ruego, que seas casto, y limpio en tus palabras; que el Cristiano, no solo debe serlo en las obras, sino tambien en lo que dice, y piensa.* No fuè bastante esta reconvençion para que desistiesse por entonces el Mancebo de sus torpes intentos; mas habiendo querido Dios, que no quedassen frustrados los deseos de su Siervo Aparicio, hizo que percibiesse en otra ocasion con los ojos corporales al Demonio, que asido de la garganta de aquel pertinaz ciego hacia ademanes de quererle ahogar; y corriendo à èl entonces el Zelador de la pureza, le dixo: *Hombre perdido, tu no quieres poner emmienda en tu vida; y assi porque perseveras en tu mal propósito, quiere Dios que pagues con infamia tu culpa: por esso miro al Demonio, que ya te tiene asido de la garganta para ahogarte; pero si te emmiendas tendrá Dios misericordia de ti.* Y con efecto el trueno de esta voz le despertò del letargo, en que le tenia sumergido su torpeza, y hizo retroceder del peligroso camino de su perdicion.

Siempre que se le ofrecia oportunidad, aconsejaba à los demás Religiosos huyessen de la compañía, y trato con mugeres, con el motivo de que aunque podia ser bueno, era siempre arriesgado. Y assi le sucediò una vez, que yendo acompañado de uno recién professo, estimulado este de la hambre,

por ser ya tarde, se adelantò al buen Viejo; y habiendo llegado à la Casa, ò Rancho de un Bienhechor, pidiò le socorriessè en su necesidad: hallòlo despues Aparicio comiendo en compañía de las mugeres de la Casa, y fantamente airado lo reprehendiò diciendo: *Aun à los muy viejos no se les concede esta licencia; porque mas vale morir de hambre, que comer entre mugeres; pues lo uno se pasa, y padece por amor de Dios, y en lo otro se dà ocasion al Demonio.*

Ninguna de estas, al parecer, delicadezas, de su ardentissimo amor à la pureza estuvieron por demás, para tener la gloria de responder, ya cercano à la muerte, à Fr. Mathèo de Cervantes, que le preguntò, si moria virgen, habiendo sido dos veces casado: estas palabras, con que pondrèmos fin al segundo Libro, y con que reanimò los motivos à nuestro assombro: *Para gloria de Dios acabo el último dia de mi vida como el primero, en que naci, no habiendo conocido jamás muger.*

